

El pueblo chileno hacia 1810 y los rasgos cardinales de su evolución política y económica hasta 1920

1º CHILE HACIA 1810

AL finalizar la Colonia, el territorio chileno constaba de dos secciones, separadas por la Cordillera de los Andes: Chile occidental, o cisandino, que se extendía desde el desierto de Atacama, por el norte; el Océano Pacífico, por el poniente, y la Cordillera de los Andes, por el oriente, y Chile oriental, o transandino, que deslindaba con el Virreinato de Buenos Aires, por el norte, siguiendo una línea imaginaria trazada por orden del Rey por el geógrafo Cano y Olmedilla, y con el Atlántico, por el este, y remataba por el sur en el casquete polar correspondiente. En 1810 su superficie era, en número redondo, de 1.400 kilómetros cuadrados. Con la cesión de la Patagonia a la Argentina en 1881 bajó a 525 mil, y con la anexión de Antofagasta, Tarapacá y Arica, subió a 741.767. De esta extensión, sólo representan valor agrícola unos 200 mil kilómetros: 100 mil de terrenos agrícolas cultivados o susceptibles de serlo con la extensión del riego y los desmontes, y otros 100 mil aptos sólo para la ganadería. El resto de los 547.767 kilómetros corresponden a los desiertos, las cordilleras, los lagos y los brazos de mar.

El territorio estaba poblado por los españoles desde el extremo sur del desierto de Atacama hasta el Bío-Bío. Al sur de este río sólo conservaban las villas de Los Angeles y Nacimiento. El resto de Chile cisandino y todo Chile transandino estaban poblados por los araucanos, los huilliches, los pehuenches y otras tribus salvajes, salvo las ciudades de Valdivia y Osorno y sus inmediaciones. Chiloé dependía del Virreinato del Perú.

La población española, inclusive los mestizos y unos cuatro mil esclavos negros, as-

cedía a unas 700 mil almas, inclusive Chiloé. Los indios radicados en Chile cisandino fluctuaban alrededor de 200 mil a 250 mil almas, casi en su totalidad huilliches y mapuches. El cálculo de los indígenas que vagaban en Chile transandino (Tierra del Fuego, Estrecho de Magallanes y Patagonia) carece de toda base. Algunos misioneros, a ojo de buen varón, los calcularon en 5 ó 6 mil almas, y otros en 50 a 60 mil.

El 70 por ciento de la población española vivía en los campos y en las minas; el 30 por ciento restante estaba radicado en las ciudades de Santiago (25.500 habitantes), La Serena (4.500 habitantes), Valparaíso (4.500), Talca (6.000), Chillán (5.000), Concepción (6.000) y 25 villas: Copiapó, Vallenar, Illapel, Petorca, La Ligua, San Felipe, Los Andes, Quillota, Melipilla, San José de Maipo, Rancagua, San Fernando, Curicó, Nueva Bilbao, Linares, Cauquenes, Parral, Quirihue, Coelemu, Rere, Puchacay, Hualqui, Los Angeles, Nacimiento y Osorno, la Plaza Fuerte de Valdivia y numerosos caseríos.

La población civilizada de Chile, hacia 1810, era una gama que empezaba en el español puro, o casi puro, y terminaba en el indígena chincha-chileno, con un cuarto o uno treinta y dos avos de sangre europea. La sangre mapuche entró en muy pequeña cantidad en la formación de la raza chilena. Esta raza estaba dividida en tres clases: la aristocracia, la clase media y el pueblo. La aristocracia se subdividía en dos grupos de distintas psicologías: el elemento castellano vasco y el meridional o andaluz. En el curso del siglo XVIII, los comerciantes vascos habían desplazado de la posesión de la fortuna y del suelo a la mayoría de la antigua aristocracia de los conquistadores, y formaron, junto con los castellanos y otros elementos del norte de España, una élite gobernante que predominaba en los Cabil-

dos; capitaneó la lucha por la emancipación, y después de alzas y bajas que se prolongaron por 20 años (1810-1830), empuñó el Gobierno. El castellano vasco se caracterizaba por su mayor laboriosidad y previsión, su espíritu de economía, su sentido común, su apego al orden, su indigencia de imaginación, que se resolvía en política en una cordura negativa; la visión de las dificultades antes que la de las posibilidades y de los defectos antes de las cualidades; la crítica negativa, que gasta los prestigios y hace imposible el gobierno eficiente, y su tendencia a los gobiernos de Juntas, suaves, pacatos, respetuosos de todos los derechos. Sus reacciones eran más intensas y duraderas que las del meridional.

Una parte de la aristocracia de los conquistadores cargados de sangre meridional, cuyo representante extremo es el andaluz, formaba también parte de la aristocracia, como abogados, eclesiásticos, funcionarios públicos, y, algo más tarde, como médicos e ingenieros o simples terratenientes. Su gran grueso formaba la clase media. Se diferenciaba del castellano vasco en el temperamento y el carácter, las actitudes económicas y la concepción de la vida. La mayor cantidad de sangre meridional, la influencia secular de un medio económico blando y su largo pasado militar, habían retrasado el desarrollo de su psicología económica. Tenía menos sentido de la realidad, era más iluso e imprevisor; gastaba el caudal recibido o las ganancias que acababa de hacer sin pensar en el día de mañana. Lo que vendría después no le preocupaba. Era de reacciones temperamentales más rápidas; pero más fugaces que las del vasco, y tenía mayor sensibilidad intelectual que él.

La masa estaba formada por los mestizos cargados de sangre aborígen, salpicada por individuos de tipo europeo.

Hacia 1810, la raza chilena era ya una nueva raza histórica con caracteres antropológicos fijos; físicamente robusta y esforzada; pero, a diferencia del americano del norte, que no se mezcló con el aborígen, retrasada en el grado de evolución mental con relación al europeo de su época. Cuando entre las razas que se cruzan median etapas o fases enteras de la evolución mental, el rejuvenecimiento toma los caracteres de un retroceso mental, de una vuelta a la infancia, para recomenzar el camino ya recorrido por la sabana progenitora más adelantada. Corolarios de este fenómeno son: el débil sentido de la realidad, la rudimentaria vida interior, la pobreza de la ima-

ginación creadora, la antipatía por lo abstracto, la repugnancia por lo complejo y el exagerado predominio de los sentimientos, que se advierten en el chileno y en el hispanoamericano en general. El mismo origen tiene el embrionario desarrollo de las aptitudes industriales y de las virtudes económicas; la indiferenciación de las representaciones; la inestabilidad de las reacciones sentimentales y voluntarias, que hace que toda novedad prenda y se olvide con rapidez, y la tendencia a la imitación de las civilizaciones superiores.

En el orden económico, la Colonia legó a la República la mitad norte del territorio agrícola de Chile cisandino poblado de ganados de todas clases y con un cultivo extensivo que puede estimarse en el 40 por ciento de la potencialidad de los terrenos fértiles de fácil aprovechamiento. La producción agrícola alimentaba a los 700 mil habitantes civilizados y dejaba un saldo exportable de 200 mil fanegas de trigo, 50 mil quintales de sebo y otros artículos que consumía el Perú, cuyo valor oscilaba alrededor de 200 mil castellanos.

La producción de oro, cobre campanil, que se encontraba en la superficie, y la de las minas de plata, fluctuaba alrededor de los dos millones de castellanos. La industria fabril estaba aún en pañales. Hacia el final de la Colonia, don Manuel de Salas la bosquejaba así: "Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, hojalateros de rutina, zapateros tramosos, que lo que hacen a tientas más lo deben a la afición y a la necesidad". Las principales industrias eran los telares, casi en su totalidad caseros; los astilleros, que fabricaban lanchas, las alfarerías y las tenerías o curtiembres.

El comercio exterior estaba representado por una importación de dos millones de castellanos, y sus grandes renglones eran: las manufacturas europeas, la yerba mate, el azúcar y el tabaco. Las exportaciones fluctuaban también alrededor de los dos millones, enterados un millón 800 mil por el oro, la plata y el cobre, y los doscientos mil restantes por el trigo, el sebo, los cordobanos, y otros pequeños renglones.

La fisonomía de la vida colonial tenía un aspecto totalmente opuesto al que impusieron los historiadores del siglo XIX, segados por el odio a España que engendró la lucha por la emancipación. De un extremo a otro del país y desde las altas clases sociales hasta las más ínfimas, la vida era sencila

lla y patriarcal. En Santiago, su centro más adelantado, un vaho que emanaba del alma de la ciudad, la envolvía en una atmósfera de quietud casi de somnolencia y de vida plácida y patriarcal, reflejo fiel de la paz de los cerebros y de los corazones, de la armonía y buena convivencia de los diversos elementos sociales, del equilibrio entre las necesidades y los deseos sencillos, casi primitivos, y en la ausencia de ansias de cambios y renovaciones trascendentales y de zozobras e inquietudes angustiosas.

Con la expulsión de los Jesuitas, la suntuosidad del culto y la exaltación artificial del sentimiento religioso decayó; pero la decadencia no se polarizó en un debilitamiento de la fe, ni en un cambio de la religiosidad. En el elemento alto y medio, más cargado de sangre europea, el sentimiento religioso revestía los mismos caracteres que en el español. Concedía una importancia desmedida a la devoción, el culto y a las prácticas religiosas, mientras el sentimiento religioso íntimo y el impulso místico se advierten raquíticos. En el elemento más cargado de sangre aborígen, el fondo del cristianismo seguía estrellándose contra el grado de evolución mental. Más allá de las ceremonias externas del culto y de la fe en los milagros, sólo se advierte una mezcla abigarrada de creencias de filiación cristiana, profundamente formadas, con otras de filiación aborígen.

2º LA REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA

El complejo que gestó la revolución de la Independencia en la América española tomó en Chile fisonomía propia. En vez de la repulsión de los temperamentos y los caracteres entre peninsulares y criollos, en torno de la cual giró en las distintas secciones de la América española, en Chile su eje fue el deseo de la aristocracia castellano-vasca de gobernarse a sí misma, despertado por el ejemplo vivo de los Estados Unidos, la propaganda comercial de los propios americanos y de los ingleses, el cautiverio de Fernando VII y la acefalía del trono, sólo muy débilmente por la infiltración de la filosofía enciclopedista y enteramente extraño a la libertad de comercio.

Iniciado por la aristocracia castellano-vasca, capitaneada por los Larraín u Ochocientos, el movimiento revolucionario cayó en manos del elemento meridional con los golpes de estado de Carrera; sucumbió en Rancagua y se afianzó con la victoria del ejército argentino de San Martín en Chaca-

buco y con la del ejército chileno-argentino, comandado por el propio San Martín, en Maipú.

A pesar de que la lucha no revistió la ferocidad que en Venezuela, donde costó la pérdida del 20 por ciento de la población total y de casi todos los aspectos de la civilización creada por España en los tres siglos de vida colonial, causó al pueblo chileno quebrantos que se hicieron sentir por más de veinte años. Como consecuencia de la guerra, de los envíos de contingentes militares al Río de la Plata, de la expedición libertadora del Perú y de las campañas del sur contra las montoneras, Chile perdió entre el 15 y el 20 por ciento de la población masculina comprendida entre los 18 y los 40 años, y tanto el criollo de la alta sociedad, como los mestizos que formaban la masa, perdieron el hábito del trabajo, aún mal consolidado, y en gran escala se convirtieron en maleantes, en vagos o en simples ociosos.

Al ocio se añadió la inseguridad creada por los motines, las montoneras y los bandidos. A las destrucciones de los ganados, las viviendas, las herramientas y las instalaciones, a la paralización de las faenas mineras, a la pérdida del mercado de Lima para los excedentes agrícolas y ganaderos, se agregó la ruina de las rudimentarias manufacturas chilenas, aplastadas por la manufactura europea.

La emigración y el destierro de los comerciantes y de los agricultores peninsulares, que constituían la élite chilena de la época en el terreno económico, y la destrucción o la fuga de sus capitales, hicieron el efecto de una decapitación de la economía nacional. Finalmente, los hombres que gobernaban entre 1810 y 1830, con cortas excepciones, fueron sensatos, probos, laboriosos y bien inspirados, y varios de ellos inteligentes y cultos para su época; pero carecían de toda experiencia política, financiera y económica, y aún no se había formado en Chile, ni en ninguna de las demás secciones de la América española, la tradición que guía a los gobernantes y encuadra sus pasos dentro de las lecciones de la realidad acumuladas por las generaciones precedentes.

3º LA DICTADURA DE O'HIGGINS

El Gobierno de O'Higgins, execrado por la mayoría de los historiadores del siglo XIX, no fue propiamente una dictadura, en el sentido de abrogación de la soberanía

nacional, sino una necesidad impuesta por la ineptitud de los pueblos hispanoamericanos para practicar el Gobierno democrático y las exigencias del afianzamiento de la Independencia aún vapuleante. "Establecer la República democrática en la América española es como querer implantarla entre las fieras, entre los peces o entre las aves" dijo el Presidente John Adams de las pseudo-democracias hispanoamericanas de su tiempo. El 28 de mayo de 1830, Joaquín Campino, uno de los máximos valores del liberalismo chileno de su época, escribía a don Manuel de Salas: "Creo sería un cálculo exagerado suponer que en cada cien mil almas hubiese en el principio una que tuviese las teorías del Gobierno representativo: igualdad, garantía, derechos del pueblo, etc."

Dictador patriota y progresista, los esfuerzos de O'Higgins por transformar a Chile en un Estado de corte europeo, se estrellaron contra la fuerza de las cosas y contra el momento en que le cupo gobernar. La Expedición Libertadora del Perú, que Chile hubo de costear solo por defección del Gobierno argentino, reducido a la impotencia por la anarquía del año 20, exprimió las últimas gotas de jugo a la economía chilena, ya arruinada por la revolución de la Independencia.

Su caída fue corolario del profundo malestar originado por la histeria general, explotado por los turbulentos y los ambiciosos, y de la falta de apoyo de los elementos de orden, desmoralizados por el malestar general y el deseo de evitar a toda costa la guerra civil. La falta de tacto y de instinto político de O'Higgins sólo desempeñaron un papel secundario.

4º LA ANARQUÍA DE 1823-1830

La anarquía chilena de 1823-1830, durante la cual se sucedieron los Gobiernos constitucional, de Freire, la dictadura del propio general, la Junta formada por Infante, Carlos Rodríguez y José Antonio Ovalle, de Blanco Encalada, de Agustín Eyzaguirre, el ensayo federalista de Infante y Padilla, la segunda presidencia de Freire, la de Francisco Antonio Pinto y la de Francisco Ramón Vicuña, y los motines que estallaron durante el período, fue una anarquía de salón.

La anarquía chilena no fue el corolario de los motines, como reza la historia tradicional, sino de un fenómeno más hondo y común a toda la América española: la rup-

tura de la tradición. A diferencia de los Estados Unidos de Norteamérica que se limitaron a cortar el cordón umbilical que los unía a la Madre Patria y a desenvolver su propio acervo político colonial, y del Brasil, que conservó su forma política, los diversos países hispanoamericanos repudiaron la forma monárquica, que se les había hecho odiosa, para adoptar la republicana democrática, que no tenía raíces en su pasado, no calzaba con su estructura social, y cuyo funcionamiento normal, hacia esa fecha, era sociológicamente imposible.

En cuanto a la forma de anarquía de salón, que tanto contrasta con la sangrienta anarquía que desgarró las entrañas de México, de la República Argentina y de otras secciones de Hispanoamérica, su origen arraiga en factores sociológicos que venían del pasado y que veremos en el párrafo siguiente.

5º PORTALES Y EL SURGIMIENTO DEL ESTADO EN FORMA

La batalla de Lircay sólo habría sido un paso hacia adelante, en el desfundamiento político y social del pueblo chileno, sin la conjunción, casi milagrosa, de un conjunto de factores que venían del pasado y que imprimieron el aspecto de anarquía de salón al interregno político de 1823-1830, del momento histórico y del genio político de Portales.

Los factores que venían del pasado colonial fueron: la trabazón de las partes del territorio chileno con vida propia, la disciplina creada por la guerra secular de Arauco; la unidad racial, dentro de la gama étnica de su población; la eficacia y la moralidad del régimen colonial en Chile durante la segunda mitad del siglo XVIII, y las características de la aristocracia castellano-vasca.

El momento histórico estaba formado por el fracaso de las ilusiones cifradas en la revolución de la Independencia y el terror que inspiraba la anarquía. "A la verdad, cuando uno piensa que tanta sangre y sacrificios no han sido empleados más que para perpetuar el desorden y la anarquía, se llena el alma del más cruel desconsuelo" —escribía San Martín a O'Higgins el 1º de enero de 1832. "Hemos edificado sobre arena movediza" —escribía Sucre. "Los pueblos hispanoamericanos están condenados a caer en manos de la multitud desenfundada, para después pasar a la de tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas, devora-

dos por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad" —pronosticaba Bolívar.

Hacia 1830, el lado burgués de la aristocracia se había sobrepuesto transitoriamente a su espíritu de fronda. Estaba asustada con los desórdenes. El terror suavizó su antipatía por el Gobierno fuerte, activo y eficaz. Todo el que tenía intereses que perder, así fuera agricultor, comerciante o rentista, estaba dispuesto a tolerar un nuevo régimen de Gobierno, cuya esencia iba a ser la fe exaltada en su eficacia contra la anarquía. Se cobijó en masa bajo el ala de Portales. Era una masa pasiva, dócil y susceptible de ser transformada en una fuerza política, siempre que se lograra comunicarle el ardor cívico.

Diez años antes o diez años más tarde, el fracaso de Portales habría sido tan estrepitoso como los de O'Higgins, Freire y Pinto.

El genio político, que transformó el caos de 1830 en Estado en forma y sus complementos, surgió de sectores alejados de los bandos políticos. El joven comerciante Diego Portales, de temperamento y carácter opuestos a los de la aristocracia que iba a capitanear, nunca había sido tenido por ella por cuerdo. El general Joaquín Prieto, a pesar de ser el único militar de la Independencia que reveló grandes dotes de táctico y un notable criterio estratégico, era tenido en conceptos de militar de salón, a causa de sus maneras suaves. En el modesto aventurero de la vida Manuel Rengifo Cárdenas se reunieron la más poderosa imaginación económica que hemos conocido en 65 años de contacto con la historia económica de las naciones occidentales, frenada por un recio sentido de la realidad, y una asombrosa fertilidad de recursos, que le permitía enmendar rápidamente sus arbitrios y substituirlos por otros, hasta alcanzar la finalidad perseguida.

Los rasgos cardinales del genio político de Portales eran: una penetrante visión intuitiva de la realidad, libre de las limitaciones del sentido común y de las vendas de los postulados políticos teóricos; una poderosa imaginación creadora que le permitió inventar una forma de Gobierno que convenía al complejo sociológico chileno de 1830; una voluntad fuerte y magnética, acompañada de un raro don de mando; una audacia que lo empujaba con la espontaneidad de las fuerzas de la naturaleza hacia el objetivo que la intuición le señalaba, y un conocimiento de las actitudes de los hombres, que no ha sido excedido en la historia política de la América española. Repudió

la monarquía, que San Martín, Monteagudo, García del Río, Rivadavia, Belgrano y cien próceres más habían preconizado como antídoto contra la anarquía, porque era una forma de Gobierno que se había hecho odiosa e imposible de implantar en Hispanoamérica. En su reemplazo creó una abstracción: el Presidente de la República, cuyo período duraba cinco años y podía ser reelegido por otros cinco, investido de facultades que excedían a las de un monarca constitucional, pero rígidamente encuadradas dentro de la ley. Teóricamente, el Mandatario se renovaba por elección popular; pero de hecho, por adopción de su antecesor. El supremo elector entre 1830 y 1891 fue el Presidente de la República, más en la elección de sucesor y en las de senadores y diputados, en vez de atropellar a la opinión pública procuraba guiarla.

El régimen portaliano se apoyó en la tendencia al orden, a la regularidad y a la honradez de la aristocracia castellano-vasca, pasajeramente intimidada por las fauces de la anarquía sangrienta, cuyo hálito creyó sentir muy cerca en 1830, en el peso de la noche, o sea, en la inconsciencia política del pueblo chileno, cuya representación se arrogó el símbolo abstracto del Presidente de la República.

Para conciliar con la aristocracia castellano-vasca, cuyo ideal era el Gobierno de Junta, honrado, pacato y suave, Portales instituyó con el ejemplo las alternativas de gobiernos enérgicos y creadores con los blandos y tolerantes: primer período de Prieto y segundo período del propio Prieto; primero de Bulnes y segundo del mismo Mandatario; decenio de Montt, y decenio de Pérez; quinquenio de Pinto y quinquenio de Santa María. Al interrumpirse la alternativa con Balmaceda, después de Santa María, como veremos más adelante, estalló la revolución de 1891.

Paralelamente a la consolidación del orden, Rengifo restableció la normalidad económica, adaptándola a las nuevas condiciones creadas por el tránsito de la Colonia a la República. Al mismo tiempo, regularizó los ejercicios financieros con economía inteligente. Tocalán, su sucesor, pudo realizar el milagro de costear las expediciones de Blanco Encalada y de Bulnes contra Santa Cruz, sin detrimentos del presupuesto de gastos internos, sin contraer deuda alguna y sin emitir un solo peso en papel moneda.

El milagro operado por Portales, con la colaboración de Rengifo, tuvo también

otros cooperadores: el Presidente Prieto y el Ministro Tocornal. Prieto reveló en la Presidencia un tacto y un carácter a la vez flexible y valiente, que escapó a sus contemporáneos, aplastados por el genio de Portales, que continuó inadvertido por los historiadores y que lo coloca muy alto en la serie de los gobernantes chilenos. Hasta el advenimiento del Estado en forma, después de Yungay, su tino político, y no la guardia cívica, fue el verdadero sostén de la creación portaliana. Tocornal, sin brillar con luz propia, dirigió con firmeza inteligente y bastante sagacidad política el afianzamiento del nuevo régimen.

6º LA VICTORIA DE YUNGAY Y LA ECLOSION DEL ESTADO EN FORMA

Con el asesinato de Portales (6 de junio de 1837) y la capitulación de Blanco Encalada en Paucarpata (17 de noviembre de 1837), sociológicamente el régimen portaliano, que era una pseudomorfis, puesto que no reflejaba las características políticas de la aristocracia en que se apoyaba, y era el polo opuesto de las ideas políticas del elemento meridional, debió disolverse como una simple pompa de jabón. Empero, afloró súbitamente uno de esos fenómenos que, según la feliz expresión de Saint Beuve, la historia debe explicar.

Junto con conocer la capitulación de Paucarpata, estalló de un extremo a otro del país la voluntad de vengar la afrenta con ímpetu irresistible. Seis meses atrás los opositores políticos, los militares vencidos en Lircay, y los profesionales de la revuelta eran enemigos acérrimos del Gobierno, y muchos de ellos, partidarios de Santa Cruz. Ahora, si alguno hubiera exteriorizado sus simpatías por el Protector, habría sido despedazado.

La campaña de Yungay fue la expresión de la voluntad guerrera del pueblo chileno; pero racionalmente la sugestión colectiva debió disiparse con el triunfo. Lejos de ocurrir esto, se produjo el fenómeno contrario. El país en masa olvidó el origen del Gobierno de Prieto. Cesó de ser un poder surgido del campo de batalla de Lircay, para convertirse en anillo de una cadena que se enlazaba hacia atrás con los Gobiernos coloniales, y hacia adelante con una serie interminable de eslabones análogos. El período de 1810-1830 se hudió en la penumbra; la esponja de las nuevas fuerzas políticas lo borró de la conciencia del presente, para renacer sólo en la historia.

La desaparición de Portales había causado una sensación de espanto y ansiedad aun en buena parte de sus enemigos. El grueso del elemento consciente se había asido a Prieto y temía que, al término de su período, se llevara consigo el orden que el país disfrutaba desde hacía ocho años. Al día siguiente de Yungay se produjo una desconexión entre el orden y los estadistas que lo crearon. El país se sintió regido por manos más seguras y duraderas que las de Portales, Prietos y Tocornal. La figura de Portales desapareció casi por completo. Su vigorosa personalidad se esfumó de la conciencia nacional y aun de la de los hombres que habían sido sus admiradores y sus satélites.

Del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la Independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos por encima de las discordias internas; la patria cesó de ser la causa de la independencia de América, y el cariño al suelo natal se transformó en un sentimiento activo y potente, capaz de informar el alma nacional. Chile afirmó su personalidad a la faz de la América y del mundo. Los ciudadanos de América, San Martín, O'Higgins, Bello, Las Heras y otros, tuvieron que optar entre ser chilenos o ser extranjeros.

La batalla de Yungay es el hecho más trascendental en la historia de la República. Fue la chispa eléctrica que determinó la eclosión del sentimiento adulto de la nacionalidad y de las fuerzas espirituales, que el azar feliz transformó en Estado en forma, después de un accidentado proceso de veinte años de duración.

7º LA ESTRUCTURACION POLITICA Y ADMINISTRATIVA. *Chile pasa al primer puesto en la América española.*

Rengifo había legado a sus sucesores la estructuración económica y financiera definitiva de la República, con horizontes abiertos a los cambios que el desarrollo futuro de la nación hiciera necesario. En cambio, Portales sólo había legado las líneas cardinales, dentro de las cuales era necesario encuadrar la futura evolución política y la estructura administrativa del país.

Esta última tarea la realizó, durante los decenios de Bulnes y de su propia presidencia, Manuel Montt, con la cooperación de un elenco joven, reclutado de preferencia en el elemento meridional, cuyo más ilustre representante fue Antonio Varas.

Al término de la administración de Prieto, el orden estaba consolidado; pero Chile era aún un proyecto de nación. A pesar de la revolución de 1851, gestada por un brote del difunto pipiolismo rouseauiano, el tránsito del gobierno de los militares a los civiles, la influencia de la revolución de 1848 y de la caída de la monarquía francesa, el repunte del regionalismo penquista y la segregación de los clanes o familia Vial y Errázuriz, y de la de 1859, desencadenada por la alianza de la fronda aristocrática ultramontana y una llamarada de ensueños místico-románticos, de perfectibilidad humana, bebidos de Quinet, Michelet y sus discípulos, el período de 1841-1861 fue una etapa de impetuoso progreso material, intelectual y moral, que abarcó todo el radio de la actividad humana. Chile ascendió desde la condición de pobre colonia, perdida en el extremo austral de América, que sólo interesaba a la Corona, como resguardo del rico Virreinato de Lima, al primer plano, entre las diversas secciones de la América española, sumida en la miseria material y moral por la anarquía postrevolucionaria.

La producción intelectual y artística y la enseñanza habían sufrido un prolongado colapso con la expulsión de los Jesuitas. Los treinta años corridos entre 1810 y 1840, habían sido poco propicios para el desarrollo intelectual. Sólo hacia 1842 hizo eclosión un florecimiento literario, como resultado espontáneo del desarrollo intelectual, de la influencia refleja del pensamiento europeo y de la enseñanza de Bello y sus discípulos. Los emigrados hispanoamericanos que se asilaron en Chile, sólo desempeñaron el papel del soplador sobre un haz de leña listo para arder. Como era inevitable, la producción intelectual de este período no produjo ninguna creación literaria o artística de auténtico valor.

Los progresos en la enseñanza dieron un gran paso con la fundación de la Universidad de Chile, en 1842, cuyo primer Rector fue Bello.

8º ADMINISTRACION PEREZ; EL AMERICANISMO Y LA GUERRA CON ESPAÑA

Montt había exigido al pueblo chileno un esfuerzo superior al que le permitían los factores naturales de expansión económica, el desarrollo intelectual y las aptitudes económicas de sus habitantes. Era necesario un decenio de reposo, para que los grandes progresos realizados en los veinte años precedentes, se asentaran, y el organismo social

almacenara fuerzas para otra jornada análoga a la de 1841-1861, que lo levantarán a un nivel económico y cultural vecino al de los pueblos europeos. Desde este punto de vista, la elección del anciano y abúlico Presidente Pérez estaba indicada. Era una rama de olivo tendida a la aristocracia gobernante, después del recio y progresista pero áspero Gobierno de Montt. Empero, la fatalidad dispuso que la abulia del anciano Mandatario se resolviera en una catástrofe de la cual Chile no se repuso en el curso de su historia: la guerra con España.

La inteligencia de esta catástrofe, sobre la cual historiadores y políticos han tendido un velo que la ha ocultado a los ojos de la posteridad, exige anticipar un dato psicológico y un antecedente histórico.

La psicología de la clase gobernante chilena se caracteriza por un rasgo que, en igual grado, no se advierte en ninguna otra élite gobernante, y que el mimetismo impide registrar, salvo a los que llevamos en nuestras venas la sangre de otras razas: el traspaso a los demás pueblos de la propia psicología caracterizada en este terreno por la buena fe, el respeto al derecho y a la palabra empeñada, y de su propia manera de pensar. El fenómeno se advierte no sólo en los apóstoles de fondo místico, como don Manuel Antonio Matta, sino también, en cerebros realistas y tan poderosos como los de Montt y de Santa María y en personalidades tan cuerdas y de tanta experiencia política como el Presidente Pinto.

El antecedente histórico, que también ha pasado inadvertido, es el mareo que la posición alcanzada por el pueblo chileno, produjo en Antonio Varas y en el grueso de los políticos e intelectuales. Con la sana intención de conjurar las intervenciones de los EE. UU. y de las grandes potencias europeas en las diversas secciones de la América española, con excesiva frecuencia la Cancillería chilena interpuso sus buenos oficios, añadiéndoles consejos vecinos a las amonestaciones, a los dictadores, para que morigeraran su conducta y facilitasen la salida decorosa de los conflictos en que vivían envueltos. Varas olvidó que la envidia, "tábano que pica en todas las naciones del mundo, en el español es monstruo que devora". A los ánimos ya predisuestos en contra nuestra por la tutela americanista de Varas, se añadieron las heridas del amor propio, nacional o personal, originada por la arrogancia de nuestros diplomáticos, muchos de ellos eminentes intelectuales y relevantes figuras políticas, pero destituidos del

tacto y de las dotes necesarias. En carta a Amunátegui, de 3 de junio de 1865, Lastarria le decía: "No espero ni deseo, como Ud., que llegue el tiempo de que la América aprecie lo que sufrimos por ella. No, eso no sucederá, la América nos tendrá malquerencia a medida que comprenda nuestra superioridad, pero se resignará a sufrir nuestra ley, siempre que nos vea asumir el puesto que nos corresponde. ¿Ni para qué necesitamos la gratitud de América?"

"¿Acaso no tenemos en nuestro mismo americanismo la recompensa? El sentimiento nos ha unido, fortifica nuestra nacionalidad, y nos hace aparecer grandes, dándonos el derecho de influir y de dirigir. Yo he palpado en el Perú y aquí (Buenos Aires) esta ventaja: como representante de Chile, hablo, influyo, dirijo, por más que tasquen el freno los que nos malquieren. Aquí me recibieron con piedras en las manos los enemigos de Chile y los que aborrecen a Chile, que son una gran mayoría. Hoy, desde el viejo Vélez Sarfield para abajo, son todos mis amigos, y obran y hablan con concepto a no disgustar al Ministro de Chile" . . . "y todo eso no crea Ud. que es otra cosa que el poder de Chile y el respeto que inspira."

Paralelamente a la animosidad de los diversos países hispanoamericanos, provocada en parte por la envidia, y en parte, por la tutela protectora que Chile se había arrogado sobre sus hermanas, cuyas entrañas desgarraba la anarquía, se había gestado en el subconsciente de la élite gobernante chilena un peligroso estado delirante. La violenta raza romántica de 1849, que engendró el motín del 20 de abril, y contribuyó a las revoluciones de 1851 y 1859, se había estrellado contra las fuerzas tradicionales de cohesión social, legadas por la Colonia, y contra la cordura de la capa gobernante; pero, en vez de disolverse, derivó hacia otro cauce, y se precipitó, como torrente que rompe la presa que lo contenía, hacia otra químera místico-sentimental, de contornos vagos y difíciles de aprehender: el americanismo.

Entre los postulados del americanismo, figura la creencia, impuesta por Lastarria, de que todo lo malo nos venía de Europa, envejecida y corrompida, y todo lo bueno y sano, de América. Un grupo de cerebros místicos, de temperamentos apostólico, los Matta, los Gallo, Recabarren, o románticos, como Lillo, Vicuña Mackenna, Arteaga-Alemparte y algunas decenas más, añadió al prosaico sentimiento despectivo de los

norteamericanos y de Lastarria, un nuevo postulado. La misión que la providencia había reservado a la América no era sólo implantar en el mundo la democracia y la libertad, sino también realizar la igualdad, la justicia y la fraternidad, que informaron al cristianismo primitivo, desligándolo de las creencias religiosas, que se habían prostituido en el curso de la historia.

Un grupo numeroso de intelectuales y políticos, Santa María, Güemes, Echaurren, Huidobro, Vergara Albano, Amunátegui, Las Heras, Marín, Isidoro Errázuriz, Espejo, Blanco Encalada, Marcial Martínez, Covarrubias, y muchos más, de tendencia realistas y aun prosaicas, sugestionados por el ambiente, danzaban al compás de las notas místico-románticas, que emitían la lira de los apóstoles del americanismo.

Todos estos elementos reunidos informaban, en 1862-65, un ambiente vago, pero que contenía los gérmenes de un torbellino listo para desencadenarse cuando los sucesos dieran los rastrillazos necesarios para inflamar la poderosa carga de explosivos que encerraba. Los rastrillazos fueron la anexión de Santo Domingo a España, solicitada por los habitantes blancos, amenazados de exterminio por los negros; la intervención de Francia, Inglaterra y España, en México, motivada por la cesación del servicio de las deudas, y los asesinatos y vejaciones de sus ciudadanos residentes en el país, y el establecimiento del imperio liberal de Maximiliano, solicitado por el Partido Conservador de México, como antídoto contra la anarquía, y la ocupación de las islas Chinchas por España, para obligar al Perú a dar satisfacción por los asesinatos de Talambo.

La posición de Chile en América era en esos momentos la más peligrosa que ha atravesado en el curso de su historia. Como consecuencia de la disputa sobre el límite norte, el Congreso de Bolivia había autorizado al Ejecutivo para declarar la guerra a Chile. El Perú jamás se había conformado con la pérdida de la hegemonía comercial y marítima del Pacífico del Sur. Castilla había frenado pasajeramente la anarquía, puesto orden en la administración y el guano le permitía comprar una poderosa escuadra. Nadie ignoraba en Chile que Bolivia estaba respaldada por el Perú. La Argentina había firmado el tratado de 1856 como simple compás de espera, para dar tiempo a que el crecimiento y el poderío que le prometían su territorio y su posición geográfica, o que una coyuntura favorable, le permiti-

tieran imponer a Chile la cesión de la Patagonia sin recurrir a arbitrajes, que sus gobernantes creían perdido. Al mismo tiempo, procuraba suavizar su rivalidad con el Brasil. Como acabamos de decir, el orden, la prosperidad y el prestigio que habían levantado a Chile al primer puesto en América española y la tutela de su Cancillería sobre sus hermanas, aunque casi siempre solicitaba, para salvar los conflictos con las potencias europeas, le habían enajenado sus simpatías.

Por otro lado, Bulnes y Montt, no teniendo nada que temer de Europa ni de América, habían encauzado sus esfuerzos en el desarrollo económico y cultural del país, a expensas de su seguridad militar, inclusive en el mar. Al estallar la guerra con España, Chile no tenía más buques que la Esmeralda, vieja corbeta de madera que apenas podía servir de pontón, y el Maipo, simple transporte comercial, y Valparaíso, el emporio comercial del Pacífico, no tenía siquiera un fuerte capaz de retener con éxito el bombardeo de una sola corbeta moderna.

Pasando por sobre el estado de las relaciones con nuestros vecinos y la absoluta impotencia marítima en que estábamos, los americanistas impusieron al anciano Presidente Pérez la declaración de guerra a España en respuesta al atentado a la soberanía peruana que había cometido en las Chichas. El Gobierno peruano, dirigido por el general Pezet, cuyos ojos no estaban entelados por el americanismo, se daba cuenta de que la reivindicación española no pasaba de ser una fantasía de los numerosos americanistas chilenos y de los pocos peruanos, y firmó un convenio con España que puso pacífico término al conflicto; pero los americanistas de ambos países se unieron a los enemigos políticos del Mandatario peruano, lo depusieron del Gobierno y lo reemplazaron por el general Prado, que asumió el poder con el compromiso de declarar la guerra a España. Y entre el Perú y Chile obligaron a Bolivia y al Ecuador a hacer otro tanto.

El general Mitre, que presidía la República Argentina, se entendió con el almirante español Pinzón y eludió la alianza con los americanistas del Pacífico, limitándose a tomar nota de la oferta de la entrega de toda la Patagonia, que le hizo Lastarria sin consultar previamente a su gobierno, como precio de su adhesión, y se alió con el Brasil y con el Uruguay contra el dictador paraguayo Francisco Solano López.

9º CONSECUENCIAS DE LA GUERRA CON ESPAÑA

Debilidad de la economía chilena. Chile desciende a potencia de segundo orden en el concierto de los países hispanoamericanos

La escuadra española bombardeó la plaza indefensa de Valparaíso, quemó una parte de los almacenes fiscales, demolió casi la totalidad de los edificios públicos, y el incendio se propagó a varias casas particulares. Las pérdidas en edificios y mercaderías ascendieron a 14.733.700 pesos de 44 peniques.

La marina mercante nacional, que recorría todos los mares desapareció. En 1861 contaba con 267 buques con 60.847 toneladas. El 10 de septiembre de 1866 el Ministro de Marina decía: "Al presente no hay un solo buque que lleve la bandera de la República en los diversos mares en que navegaba nuestra marina mercante".

El 31 de diciembre de 1861, la deuda interna ascendía a 2.528.778 pesos y la externa a 16.715.604,92 pesos. Chile debía, pues, 19.344.392,92 pesos. El 31 de diciembre de 1871 la deuda interna ascendía a 16 millones, 731 mil, 748 pesos, 93 centavos, y la externa a 46.227.444,26 pesos. Chile debía 62.959.171,21 pesos.

En los decenios de activo progreso de Bulnes, de Montt durante los cuales se repusieron los platos rotos durante la lucha por la emancipación y la anarquía, y se levantó Chile desde un nivel más bajo del que tenía en 1810 al primer puesto en la América española, la deuda pública apenas ascendió los 16 millones de pesos. Y en los diez años del Gobierno de Pérez, que fueron de estagnación, bordeó los 63 millones. La sola guerra con España había costado 33 millones.

Pero estas cifras no deben sugerir la idea de despilfarros o especulaciones. Fueron el resultado de diez años de acefalía presidencial. Aun en la guerra con España, nadie mandó; no hubo dirección, pensamiento fijo ni control. Desde el principio hasta el final, fue una serie de impulsos, en su mayoría desatentados, que se abandonaban junto con iniciarse.

La guerra con España puso, también, de manifiesto la debilidad orgánica de la economía chilena. La característica de los países bien dotados desde el punto de vista de los factores naturales de expansión, como la Argentina, o por la laboriosidad y virtudes económicas de sus habitantes, como Alemania, es la rapidez y el vigor de las recuperaciones, a raíz de las guerras o

de las crisis económicas. Bastaron los quebrantos de la guerra con España para que en Chile se hiciera crónica la crisis económica. Entre 1861 y 1877 el desarrollo económico chileno hace el efecto de una interminable convalecencia, la fiebre bursátil de Caracoles tuvo las consecuencias de una tunantería en un convaleciente. El país no cesó de avanzar; pero siguió avanzando con pasos lentos y vacilantes, que no guardan armonía con la paz exterior, de orden interno, la cordura y la economía parsimoniosa de algunos de sus gobiernos, y especialmente del de Pinto. Chañarcillo, California y Australia, en nuestro desarrollo económico, son aerolitos de oro y plata caídos de otro planeta.

Más grave que los contrastes económicos fueron las consecuencias políticas externas de la guerra con España. Chile descendió bruscamente a potencia de segundo orden en el concierto de los pueblos hispanoamericanos. Con el rechazo de la escuadra española en el Callao, el Perú recuperó la hegemonía, del Pacífico, adquirió el Huáscar, la Independencia y los monitores Atahualpa y Manco Cápac. Hizo embarcar en Londres las corbetas Chacabuco y O'Higgins, que Chile hacía construir, y poco después, para poner término a la penetración chilena en Tarapacá y Antofagasta y establecer el monopolio del salitre, como sucedáneo del guano, firmó el tratado de alianza de 1873 con Bolivia y gestionó la adhesión de Argentina, que la evadió, porque estaba segura de la renuncia de Chile a la Patagonia y porque temió provocar una alianza entre Chile y el Brasil, con el cual estaba una vez más por irse a las manos.

10. ADMINISTRACIONES ERRAZURIZ ZAÑARTU Y PINTO. APLANEAMIENTO DEL IMPETU CREADOR. LAS REFORMAS CONSTITUCIONALES

Lógicamente, el decenio de 1871-1881 debió ser de aceleración del desarrollo económico; pero, como hemos adelantado, fue de estagnación relativa. Entre los factores que determinaron el fenómeno, se cuenta el agotamiento de las tierras fértiles de fácil cultivo. Durante él, la expansión agrícola se realizó mediante la incorporación al cultivo de tierras más pobres o de riego costoso o de difícil y caro desmonte. A estos factores, se añadió la baja mundial de los precios entre 1873 y 1896.

Tanto Errázuriz y Pinto como sus colaboradores, casi todos abogados, volvieron las espaldas al desarrollo económico, el

primero absorto en la política, y el segundo, maniatado por la recia y prolongada crisis económica, que lo obligó a poner en venta los blindados Blanco y Cochrane, adquiridos por el primero, por sugestión de Cifuentes y de Ibáñez, que veían venir, como algo ineludible, el cuadrillazo capitaneado por el Perú.

Los desarrollos agrícolas y manufactureros quedaron abandonados a sí mismos. El primero recibió algún impulso de mineros afortunados, de comerciantes enriquecidos y de uno que otro terrateniente rico y progresista, que construyeron nuevos canales e introdujeron razas mejoradas de animales, pastos y maquinarias agrícolas. El segundo los recibió de industriales extranjeros radicados en el país, a espaldas del Gobierno y lidiando con los discípulos de Corcelle Seneuil, que simplificando sus postulados económicos impusieron el libre cambio sistemático.

Para calmar el huracán ideológico, cuyo núcleo era el Club de la Reforma, capitaneado por elementos jóvenes del Partido Nacional, formado por Varas, principalmente con elementos de psicología meridional, Errázuriz Zañartu se vio obligado a dar paso a la reforma constitucional, orientada hacia el debilitamiento del Ejecutivo mientras por otro lado intentaba robustecerlo con una desafortunada intervención electoral.

11. LA RENUNCIA A LA PATAGONIA

Los gobernantes, los políticos, los intelectuales y los hombres de peso estaban divididos enfrente al problema de límites con la Argentina.

Lastarria, que presumía de suprema autoridad en materias históricas y geográficas, pero que nunca había consultado los archivos —tarea ociosa y pueril, propia de eruditos que empuñan la historia—, opinaba ex cathedra que los derechos de Chile a la Patagonia descubiertos por Amunátegui no tenían valor alguno. Barros Arana, la otra autoridad suprema en materia geográfica, haciéndose eco del juicio de Darwin, a la sazón joven estudiante de naturalista, que sólo conoció las costas de la Patagonia en un año seco, negaba a todo el territorio valor agrícola. Vicuña Mackenna se la representaba como un pedazo de astro muerto, donde no brotaba ya hierba suficiente para alimentar un guanaco. "La Patagonia —añadía— es el infierno del orbe creado"... "Un metro cuadrado del laza-

reto de Playa Ancha vale lo que todo ese territorio". El juicio de los Presidentes Pinto y Santa María era eco del de Barros Arana, su mentor intelectual en este terreno.

El grueso de los hombres de peso y séquito, sin preocuparse del valor agrícola de la Patagonia, creía que era una insensatez exponerse a una guerra con la Argentina por el dominio de un territorio tan distante y separado de Chile por la Cordillera de los Andes, teniendo Chile capacidad agrícola para su propia alimentación y para la de la mitad de la población de Europa, cuando ni siquiera tenía población para ocupar la fértil región comprendida entre el Bío-Bío y el Imperial, aún en poder de los bárbaros.

Los disidentes formaban una corta minoría: Pérez Rosales, que conocía personalmente la Patagonia, Antonio Varas, Miguel Luis Amunátegui, Adolfo Ibáñez. Abdón Cifuentes, Crescente Errázuriz y muy pocos más.

El debate entre Ibáñez y Frías se había agriado y amenazaba desencadenar la guerra entre Chile y Argentina. El Presidente Errázuriz, intimidado, se desprendió amablemente de Ibáñez nombrándolo Ministro en Washington; y en una reunión de notables que tuvo lugar en la Moneda, se acordó que lo único que interesaba a Chile era conservar el Estrecho de Magallanes. A partir de este momento, las pretensiones del Gobierno chileno se limitaron a la posesión del Estrecho de Magallanes, que se representaba como necesaria para la libertad de las comunicaciones con Europa. El Gobierno argentino, que estaba al tanto del acuerdo de renunciar a la Patagonia, presionado por la opinión pública, siguió resistiendo todo arreglo directo, aun limitado a la salida de Chile al Atlántico.

Las negociaciones se prolongaron hasta 1881, cuando un poderoso Ejército chileno de cien mil hombres aguerridos, irresistibles en la América española, y un pueblo ensoberbecido por la victoria amenazaban imponer por la fuerza no ya la posesión del Estrecho, sino el dominio de toda la Patagonia (Tratado del 13 de junio de 1881).

12. LA GUERRA DEL PACIFICO Y EL SALITRE. CHILE RECUPERA PASAJERAMENTE EL LUGAR QUE OCUPABA EN EL CONCIERTO DE LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

Con la adquisición de los blindados "Cochrane" y "Blanco", el predominio ma-

rítimo del Pacífico Sur había pasado nuevamente a Chile. Pero una reunión de jefes navales peruanos, pasando por sobre la opinión del entonces capitán de navío Miguel Grau, opinó por la incontestable superioridad de la escuadra peruana. Además había tiempo para comprar otro acorazado superior a los chilenos, y se descontaba la entrada de Argentina al cuadrillazo contra Chile, que se había convertido en estorbo para el monopolio del salitre con el descubrimiento de terrenos salitrales en el norte del desierto de Atacama. El sensato Presidente Prado resistió el desencadenamiento del conflicto hasta el último momento; pero fue arrollado por los civilistas, en esos momentos, todopoderosos, y por la opinión pública, caldeada por la prédica belicosa de la prensa y de los oradores. El Presidente Pinto, Manuel Montt, Santa María, Varas, Lastarria y el grueso de la aristocracia castellano-vasca no omitieron esfuerzos por evitar el conflicto, hasta que la publicación del tratado secreto peruano-boliviano de 1873 desencadenó en el pueblo chileno una reacción guerrera incontenible que, dejando de lado a Bolivia, que había iniciado el conflicto, se polarizó contra el Perú. El Presidente colocado en la alternativa de renunciar, para que otro dirigiera la guerra, o de resignarse a afrontarla, haciéndose violencia a sí mismo y maldiciendo un conflicto que, aun triunfando, se le representaba como la ruina irreparable de Chile, optó por cargarlo sobre sus hombros, a fin de evitar que se produjera un trastorno institucional y el Gobierno cayera en manos de Vicuña Mackenna o de otro de los caudillos de la dirección popular de la guerra.

La Argentina se negó a declarar la neutralidad, pero el Presidente Avellaneda, Mitre y otros estadistas lograron evitar la entrada de Argentina a la guerra, ardientemente deseada por el grueso de la opinión, a fin de evitar un sacrificio estéril, pues conocían el acuerdo de entregar la Patagonia, que era lo único que les importaba. Además el Brasil, aunque resuelto a no mezclarse en un conflicto que no le interesaba, a fin de contener a la Argentina, asumió una actitud reservada, que alarmó a los dirigentes argentinos. Al mismo tiempo, hacía saber al Gobierno chileno, en notas verbales y reservadas, que su actitud respondía sólo al propósito de intimidar a la Argentina, y poco más tarde lo apremiaba para que cambiase sus generales, postrados por la edad, por graves dolencias o por derrame cerebral, y confiase el mando a otros

más aptos, para que aplastasen al adversario antes de que Argentina completase sus preparativos militares y el pueblo impusiese la guerra.

La ocupación de Antofagasta y de Tarapacá, primero, y su cesión en el tratado de paz más adelante, traspasó a Chile el monopolio del salitre, que iba a repercutir a fondo en su estructura financiera y su desarrollo económico.

El impuesto a la exportación del salitre pasó rápidamente al primer lugar entre los diversos ramos de las entradas fiscales. En 1890 las entradas ordinarias sumaron 58 millones 583 mil 586 pesos 33 centavos. Los derechos aduaneros figuraron en esta suma por un valor de 43 millones 696 mil 362 pesos, de los cuales 26 millones 454 mil 446 correspondieron a los derechos de exportación del salitre y del yodo. En 1910, la exportación de salitre había triplicado de volumen.

El salitre pasó a ser, también, el renglón más importante de la exportación, ocupado antes por el cobre y el trigo. En 1891 el valor total de la exportación fue de 65.695.489 pesos, y de este valor, 36.658.385 correspondieron al salitre.

La renta del salitre permitió a Santa María asentar los ejercicios financieros sobre base sólida y a Balmaceda realizar su espectacular plan de desarrollo de las líneas férreas y de construcción de escuelas.

La industria salitrera creó, también, un mercado interno, al abrigo de la competencia extranjera, a los excedentes de la producción agrícola del centro del país.

Finalmente, como corolario de la guerra del Pacífico y de la riqueza salitral, que suplió pasajeramente la pobreza de sus factores físicos de expansión agrícola y el embrionario desarrollo industrial y comercial, Chile recobró la posición que, hasta la catastrófica guerra con España, ocupaba en el concierto de los pueblos hispanoamericanos.

113. ADMINISTRACIONES DE SANTA MARÍA Y BALMACEDA, GENESIS DE LA REVOLUCION DE 1891

Hemos visto que la creación política de Portales fue una pseudomorfis sociológica, o sea, un régimen de gobierno que no reflejaba las tendencias de la aristocracia castellano-vasca que le servía de sostén. Correspondía a su fisonomía moral, la honradez, la seriedad, el apego al orden y la cordura negativa; pero el concepto del gobierno

fuerte, centralizador y activo, no sólo no estaba en ella, sino que era el polo opuesto de su idiosincrasia política, inclinada a los Gobiernos de Junta o de Congresos, paterales y pasivos, formados por medianías, honradas y equilibradas que no la irritaran con su mando enérgico y su capacidad superior.

En los treinta años corridos entre 1830 y 1860, la base en que descansaba la creación política de Portales había sufrido serios quebrantos. En el segundo período de Montt, el partido de Gobierno, se había escindido casi por mitad con la poderosa reacción ultramontana del Arzobispo Valdivieso. El Presidente Montt se había visto obligado a reemplazar a los ultramontanos por una selección del elemento meridional, reclutado principalmente en las provincias, que sólo podía permanecer en el redil lo que durara la sugestión del mandatario.

En los 30 años siguientes, la desatinada acusación a la Corte Suprema, capitaneada por el futuro Presidente Errázuriz Zañartu, había alejado del Gobierno a los nacionales, que tal vez representaban el 20 por ciento del electorado. La Juventud Nacional reunida en el Club de la Reforma, desarrolló una activa campaña de demolición del régimen portaliano que encontró bastante eco en el país.

Por otro costado, la intervención electoral que, al principio, no suscitó protesta, desde los comienzos del Gobierno de Pérez, empezó a provocar resistencias, y durante el del propio Errázuriz Zañartu y el de Santa María, degeneró en fraudes y atropellos escandalosos, exacerbando de rebote los deseos de libertad electoral.

Paralelamente a estos dos factores, actuaron otros que, dentro de este breve bosquejo, sólo podemos enumerar: la idealización de los revolucionarios y el escarnio sistemático de los gobernantes; los ataques a la Constitución de 1833 y la apología incesante de la libertad política; los progresos de los medios de propaganda y el desarrollo de la receptividad cerebral de las clases alta y media, las reformas constitucionales y los cambios en el régimen electoral; el derecho de obstrucción, etc. Como hemos visto, Errázuriz Zañartu logró aplazar el derrumbamiento del régimen portaliano con las reformas constitucionales, mientras por otro costado contribuía a su futura caída con la más violenta intervención electoral que hasta entonces había conocido Chile.

El tránsito del régimen portaliano al parlamentario debió realizarse pacíficamente

al término de la Administración Pinto, dada la austeridad moral del mandatario y el desquiciamiento en que en esa fecha estaba el partido de Gobierno; pero la guerra del Pacífico impuso la concentración del poder y el aplazamiento del cambio político.

Santa María creyó reconstruir el partido de Gobierno, desquiciado durante el período de Pinto, con la campaña de laicización de las instituciones, al mismo tiempo que, arrastrado por su temperamento, desencadenaba la más violenta intervención electoral que registra la historia de Chile, añadiendo nuevos haces de combustible a la hoguera con ella y con la exaltación producida por las leyes de Cementerio y de Registro Civil. Logró entrar su período; pero legó a su sucesor una mina con la mecha de tiempo encendida.

La reconstitución del partido de Gobierno en torno de la brillante personalidad de Balmaceda hizo muy difícil el tránsito pacífico del régimen portaliano al parlamentario. Esta reconstitución y el ensueño utópico-romántico de perpetuar el régimen portaliano, que había labrado la grandeza de Chile, y el débil instinto político de Balmaceda en el manejo de los partidos, desencadenaron sobre su cabeza una tormenta que pudo aplazarse por cinco o diez años y aun evitarse.

No obstante la aguda crisis económica que se prolongó hasta la declaración de la guerra del Pacífico, Pinto había adelantado la incorporación de la Araucanía a la economía nacional. Santa María la reanudó en 1881, y con la ocupación militar de la faja comprendida entre el Cautín y el Tolten, quedó toda la Araucanía incorporada a la civilización, después de una lucha que, activa o latente, se prolongó casi por tres siglos y medio.

14. EL REGIMEN PARLAMENTARIO ENTRE 1892 Y 1920

Portales había impuesto su creación política con la conciencia de que no era la expresión del genio político chileno, como un simple arbitrio que permitiera mantener el orden y el desarrollo social, hasta que el pueblo se capacitara para realizar el régimen republicano democrático. El 10 de febrero de 1822 escribía a Cea: "La República es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizado, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los

ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos".

Los triunfadores de 1891 implantaron lealmente los postulados políticos en que se había polarizado la racha delirante de 1890: la libertad electoral, la autonomía en los partidos y el régimen parlamentario de corte inglés, teóricamente adoptado en la Constitución de 1833. El cambio se limitó a la supresión de las elecciones dirigidas y a la decapitación del partido de Gobierno. En este sentido, puede decirse que el régimen parlamentario prolongó sus días hasta 1920, fecha en que el elemento meridional, apoyado en la clase media, desplazó del Gobierno al nórdico o castellanovasco, e imprimió al Gobierno su propia idiosincrasia; pero se prolongó como forma política espiritualmente muerta, que aún no ha sido sustituida con una nueva forma.

El cohecho fue el resultado de la inconsciencia cívica de la gran mayoría de los ciudadanos, y los fraudes electorales de los partidos, ecos de los procedimientos del pipiolismo que, después de un receso de 30 años, en que la influencia espiritual de los Gobiernos los había hecho innecesarios, habían aflorado de nuevo en el decenio de Pérez y culminado en los quinquenios de Errázuriz Zañartu, de Santa María, y, con atenuaciones, en el de Balmaceda.

Como era ineludible, dada la falta de tradición de los partidos políticos chilenos, el régimen parlamentario de corte inglés degeneró en la rotativa ministerial, que ya había aflorado bajo el Gobierno de Pinto y con los cambios ministeriales de Balmaceda, y se hizo permanente. Jorge Montt gobernó con nueve Ministerios: Errázuriz Echaurren, con once; Barros Luco, con catorce; y Sanfuentes, con diecisiete; en total, ochenta Ministerios en los veintinueve años corridos entre el 26 de diciembre de 1891, fecha de la asunción al poder por Jorge Montt, y el 29 de diciembre de 1920, término del Gobierno de Sanfuentes, o sea, una duración media de cuatro meses y diez días.

Empero, la rotativa ministerial, que hacía imposible el desarrollo de toda política económica o social, no tenía mayores consecuencias dentro de la política doctrinaria de la época y el dejar hacer y dejar pasar en el terreno económico. Ni el Gobierno ni la Administración se resintieron de la inestabilidad ministerial. Los Ministros

apenas alcanzaban a imponerse de parte de los asuntos pendientes, y con frecuencia eran completamente extraños al ramo. Empero, los subsecretarios, los jefes de sección y los jefes de los diversos servicios administrativos suplían la acefalía ministerial. La laboriosidad y la excepcional competencia administrativa del Presidente Pedro Montt imprimieron a su gestión presidencial una unidad y eficacia sin precedentes. La hábil gestión financiera del Presidente Sanfuentes resiste la comparación con la de Gustavo Ross durante la segunda presidencia de Alessandri.

Por otro lado, la sencilla gestión política de la época no tenía, ni aproximadamente, las exigencias de competencia técnica, de sentido de la realidad, de imaginación creadora y de instinto político de la de nuestros días.

15. LA CRISIS MORAL DE CHILE

Los que vivieron cerca del ex Presidente de la República Manuel Montt en sus últimos años, conservaban el recuerdo de la inquietud del estructurador del régimen portaliano por los destinos del pueblo chileno. Un presentimiento vago, que emergía del subconsciente, le avisaba que el edificio tan laboriosamente construido se asentaba en arena movediza. Desde un ángulo muy alejado, el futuro Presidente Pinto decía a Amunátegui, en 1868: "Siempre sucederá que vivimos molestados con la convicción de que en Chile el orden y el progreso no son hechos normales sino un accidente, que una combinación muy posible de circunstancias puede destruir".

Entre 1895 y 1900 irrumpió en Chile, con gran fuerza, una ola de pesimismo, que plasmó en la conferencia de Mac-Iver sobre *La crisis moral de Chile*. El origen inmediato y tangible del fenómeno fue fracaso de las ilusiones cifradas en el triunfo de la revolución de 1891, o sea, la libertad electoral, la autonomía de los partidos y el régimen parlamentario. Movidos por la creencia en la eficacia intrínseca de las formas de gobierno; de las constituciones y de las leyes, el 70 por ciento de los chilenos esperaba que estas panaceas, con el aditamento de la comuna autónoma en los gestionados por Irarrázaval, levantarían a Chile a la altura del pueblo inglés, con sus virtudes cívicas, su eficiencia económica y su prosperidad. Marcial Martínez esculpió las ilusiones cifradas en el triunfo de la revolución en la conocida frase: "Yo oí decir

muchas veces que el triunfo de la revolución nos traería la paz perpetua, la libertad de elecciones, la prosperidad económica, que todos nos convertiríamos en pastores de Arcadia".

El fracaso de estas ilusiones no dejó en su reemplazo la realidad, o sea, la exteriorización de las características y aptitudes políticas del pueblo chileno hacia esa fecha, libres de la camisa de fuerza que le había colocado Portales, sino, como ocurre siempre con estas reacciones, una visión pesimista, exagerada hasta la deformación, que se refleja en las publicaciones de la época y en las historias escritas en el primer tercio del siglo XX.

La profunda y prolongada crisis económica de 1894-1900, agravó, desde otro ángulo, el pesimismo engendrado por el fracaso de las ilusiones cifradas en el triunfo de la revolución de 1891.

A estos dos factores concretos y tangibles se añadieron otros demasiados inaparentes o demasiado lejanos para que pudieran percibirlos los contemporáneos desde el estrecho horizonte de su mirador.

El primero fue el presentimiento aún vago de que el salitre era una ráfaga de riqueza fugaz que, años más años menos, desaparecería, dejando sólo montones de ripios y hacinamientos de fierros viejos, agravado por las primeras dudas sobre la potencialidad agrícola del territorio chileno. La larga crisis de 1865-1879, que se siguió a la desastrosa guerra con España y, agravada con la baja mundial de los precios, entre 1873 y 1896, que redujo a la mitad el valor de los productos agrícolas, nada habló a los economistas de libro de la época, casi todos abogados o profesores que embutían la compleja y cambiante realidad económica en los postulados abstractos de los antiguos textos de economía política; pero sembró la desconfianza en la ilimitada potencialidad agrícola del territorio chileno en muchos hombres de simple sentido común.

Hacia 1895 empezaron, también, a hacerse sentir las consecuencias de un fenómeno que, en estos momentos abre un angustioso interrogante sobre los destinos de los pueblos hispanoamericanos. El contacto con civilizaciones más avanzadas y la difusión de la enseñanza, crean necesidades que desequilibran moralmente al individuo, si al mismo tiempo no se desarrollan en él las aptitudes económicas necesarias para subvenir a ellas. En las viejas civilizaciones, la herencia y las influencias, re-

flejas del medio, reforzadas por la enseñanza técnica, evitan, o a lo menos, atenúan el desequilibrio. En los países jóvenes, donde ni la herencia ni el medio neutralizan el desequilibrio, la enseñanza científica integral se convierte en un agente activo de desmoralización. Los primeros síntomas de este fenómeno, que alcanza hoy proporciones aterradoras, los advertimos entre 1894-96, cuando aún no conocíamos los temores de Montt, de Varas y Courcelle Seneuil, e informaron el curso de extensión universitaria intitolado *Nuestra Inferioridad Económica*, y el libro *La Educación Económica y el Liceo*.

El último factor que contribuyó a la gestación de la racha de pesimismo de 1895-1900 fue la muerte espiritual del régimen portaliano. Como dijimos en un párrafo anterior, las formas políticas casi siempre sobreviven por años, decenios y a veces, por siglos, como sucedió con el Imperio Romano de Oriente, a la extinción del alma o sugestión colectiva que los animaba. La creación política de Portales, simple pseudomorfis sociológica, que no arraigaba en el sentir, el pensar y el querer del pueblo chileno, no tenía la duración de los auténticos estados en forma. Había surgido en una violenta eclosión a raíz de la victoria de Yungay; con eclipses pasajeros, se mantuvo en todas sus fuerzas hasta el final de la Administración Montt; empezó a declinar durante la de Pérez; experimentó la primera baja con el delirio americanista y el desastrozo resultado de la guerra con España, y la segunda, con la racha reformista. Hacia el final de la Administración de Santa María estaba ya reducida a una sombra vana. Lo que atravesó intacto el período de 1892-1920, no fue el estado orgánico o en forma, surgido de la batalla de Yungay, sino una forma política muerta, sostenida en pie por el punto de apoyo del pasado. Este fenómeno racionalmente inaprensible, pero real, había engendrado los temores del ex Presidente Montt y del futuro Presidente Pinto, y actuó subconscientemente en la crisis moral de 1895-1900, informada por el eclipse del optimismo y de la confianza en sus destinos, características de todo pueblo joven, sano y sociológicamente bien constituido.

16. EL ELEMENTO MERIDIONAL DESPLAZA DEL GOBIERNO AL CASTELLANO-VASCO

El desplazamiento del Gobierno de la corta minoría castellano-vasca y su reem-

plazo por el elemento de psicología meridional, vecina a la del andalúz, más numerosos y más ágil de inteligencia, que ya predominaba sin contrapeso en las profesiones liberales, y en el campo intelectual, era ineludible, años más, años menos.

Tres factores contribuyeron a precipitarlo y convertir en brusco cambio político, lo que debió ser un proceso gradual, casi inaparente, realizado en uno o en dos decenios.

Como si una maldición divina se hubiese propuesto enervar las grandes cualidades del carácter español, su energía psíquica tomó una orientación negativa, en una medida que no se advierte en el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el belga, ni en ninguno de los pueblos europeos. Esta tendencia se destaca aún más acentuada en la aristocracia castellano-vasca, que gobernó en Chile entre 1830 y 1920. Contrastando con su laboriosidad, su espíritu de orden, su honradez y su cordura, se destaca con poderosos relieves su negativismo, del cual ya hemos hecho caudal: la visión de las dificultades antes que de las posibilidades, de los defectos antes que de las cualidades; y la crítica negativa, áspera y despiadada, de lo malo, de lo regular, y de lo bueno, que convierte al ciudadano en una lima que gasta todos los prestigios.

Durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, como consecuencia de la escasez de los medios de propaganda y de publicidad, la crítica acerva a los gobernantes quedó encerrada en los salones, en las tertulias políticas y en los clubes sociales, cuyos auditorios estaban formados por hombres cuerdos, de la misma clase social y conscientes de que sólo se trataba de un desahogo, casi de una necesidad fisiológica, que no concordaba con la realidad, más aún que no reflejaba ni siquiera el verdadero juicio del crítico; pero en el último cuarto del siglo, con el aumento de los medios de propaganda y la mayor sensibilidad psicológica de los elementos alto y medio, los efectos de la crítica sistemática se intensificaron rápidamente. Hemos visto que la propaganda realizada por el Club de la Reforma puso en aprietos al Presidente Errázuriz Zañartu; la que desarrolló Vicuña Mackenna durante la Guerra del Pacífico, estuvo más de una vez a punto de derribar a Pinto; y la que precedió a la revolución de 1891, ocupó el primer lugar entre los factores que la desencadenaron.

Volviendo a lo que nos interesa en estos momentos, el fracaso de las ilusiones cifra-

das en la revolución de 1891 y la crisis moral de 1895-1900, volcaron sobre el período 1892-1920 un frasco de tinta y engendraron una idealización del período 1830-1891, que no concuerda absolutamente con la realidad. El más pequeño abuso o favoritismo, pan de cada día en todos los gobiernos de la América española, inclusive, en los chilenos de 1830-1891, se convirtieron en escándalos inauditos; y cuando no los había, se les inventaba.

La autosugestión fue tan intensa que cuajó en una cruzada contra la inepticia de los gobiernos y la inmoralidad administrativa, encabezada por Mac-Iver, por un corto grupo de conservadores (los montanos) y de los liberales y los nacionales, que impuso la candidatura de Pedro Montt, recientemente derrotado por Riesco, como encarnación de la honradez, de la firmeza y de la capacidad gubernativa; y el país la sancionó, en una reacción tan imprevista como la que llevó a Ibáñez a su última presidencia, pero mucho más poderosa, que se desvaneció con la misma rapidez con que había surgido, sin dejar otros resultados que el aumento del desprestigio del elemento gobernante.

A cierta distancia del anterior, otro factor contribuyó al desplazamiento de la aristocracia castellano-vasca del Gobierno: su dureza cerebral y la consiguiente incapacidad de captar los cambios que se gestan en el fondo del organismo social y los corolarios de los que se realizan en la superficie. No sólo no se percató de las nuevas aspiraciones de las masas ni de las consecuencias de las repercusiones sobre los destinos de los infantiles pueblos hispano-americanos, del sentido que tomaba la evolución mundial y, especialmente, el vertiginoso desarrollo de la técnica. Los esfuerzos que hicimos entre 1909 y 1912 por desviar la actividad política de la estéril lucha doctrinaria y orientarla hacia una sensata política social, la valorización del trabajo y el estímulo del desarrollo de las aptitudes económicas de nuestro pueblo, y por sustituir el dejar hacer y el dejar pasar por una política económica y comercial basada en nuestros factores naturales de desenvolvimiento económico y nuestra posición en la economía universal, no encontraron eco en ninguno de los bandos polí-

ticos de la época; *Nuestra Inferioridad Económica* y la Educación Económica del liceo, se agotaron en pocos días; pero, ni los políticos ni los economistas, se percataron de las inquietantes consecuencias del embrionario desarrollo de nuestras aptitudes económicas, de la limitación, y de la naturaleza de nuestros elementos naturales de expansión, ni de las consecuencias morales y sociales del creciente desequilibrio entre el standard de vida que, estimulado por la difusión de la enseñanza y la influencia refleja de las civilizaciones europeas, tendía a subir en proporción geométrica, mientras nuestras aptitudes económicas aumentaban sólo en proporción aritmética.

La misma suerte corrió la tenaz campaña de la Asociación de Educación Nacional por substituir la enseñanza científica integral, basada en el arcaico ideal griego del desarrollo armónico de las imaginarias facultades del espíritu humano, por la enseñanza vocacional, orientada hacia el desarrollo de las aptitudes económicas, o sea, asentar los cimientos y construir los muros del edificio, antes de adornarlos con las creaciones literarias y artísticas, y por crear la enseñanza técnica en todos sus grados.

Como resultado del complejo de factores a que hemos pasado revista, el reemplazo de la aristocracia castellano-vasca, por el elemento meridional, en vez de realizarse en un proceso gradual, que habría permitido al último utilizar la experiencia acumulada por el primero en noventa años de Gobierno, tomó una forma casi revolucionaria, tan fatal para el elemento que dejaba el poder como para el que lo asumía.

La crítica acerba de lo malo, lo regular y lo bueno, y el escarnio sistemático de los gobiernos, engendró, también, el colapso de la regularidad política que se produjo entre la primera y la segunda Presidencias de Alessandri.

El elemento militar, que en Chile se había mantenido al margen de la política desde el motín de Quillota, salvo la intromisión pasajera de 1851, sugestionado por la crítica contra todos los gobiernos, acabó por creer en la efectividad de su ineptitud y de su corrupción, y por intentar la enmienda como era inevitable, con resultado negativos.